

La mesa del domingo

www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XIV N° 40

Domingo XXVI Ordinario. Ciclo -B-27 de septiembre de 2015

QUIEN HACE LAS OBRAS DEL REINO, ESTÁ CON JESÚS

El pasaje del evangelio de hoy está precedido por la enseñanza de Jesús acerca de la discusión entre los discípulos de quién es el más importante entre ellos y el fracaso en el intento de curar a un poseso por su parte. Juan interrumpe la instrucción de Jesús y es la única vez que toma la palabra en todos los sinópticos. Sin embargo, esos dos episodios anteriores contextualizan el pasaje de hoy.

Juan habla en nombre de los doce, se erige en portavoz. Narra que han visto a uno echar demonios en el nombre de Jesús y se lo han querido impedir porque “no es de los nuestros”. Es decir, que ni pertenece al grupo de los discípulos ni pertenece al pueblo de Israel. La idea de la preeminencia del judaísmo en la comunidad de Jesús y su concepción nacionalista se quiere imponer a todo el que quiera unirse a la fe en Jesús. Una vez más, Marcos refleja en su texto el interés judaizante de los discípulos, su idea de exclusión o desprecio de los que proceden del mundo pagano y su concepción de que el Reino es la restauración de la soberanía de Israel.

En el contexto del capítulo nueve de Marcos, contrasta el hecho de que alguien desconocido para ellos echa demonios en el nombre de Jesús con el intento fracasado que han protagonizado los discípulos pocos versículos antes. Se remarca que los discípulos no están en sintonía con Jesús (no han podido expulsar el demonio), mientras que el desconocido al que se lo han querido impedir sí lo consigue y, por tanto, sí que está en sintonía con la persona de Jesús. La respuesta que Jesús da a Juan desautoriza, de nuevo, la actitud de los discípulos: “No se lo impidáis”. La adhesión a Jesús es tan auténtica si proviene del mundo de los gentiles como si proviene del mundo judío. Hay que remarcar que la actuación del desconocido se da en nombre de Jesús, invoca su nombre. Realiza las acciones del Reino, acciones liberadoras. Asocia, por tanto, el nombre de Jesús a la liberación de lo que tiene sometida a la persona, el espíritu inundo, el espíritu del mal. Eso es el Reino, precisamente, un camino de liberación mediante la lucha contra el mal. “El que no está contra nosotros está a favor nuestro”. El trabajo del Reino no se da solo dentro del grupo de discípulos judaizantes, cualquier persona de la procedencia que sea que reconozca la identidad de Jesús y le muestre su adhesión, está dentro del Reino de Dios.

Cerrado el tema que traía la interrupción de Juan, Jesús vuelve a la instrucción a los discípulos comenzada a propósito de quién de entre ellos es el más importante y continúa con las instrucciones sobre el discipulado. Las atenciones que reciba el discípulo (un vaso de agua) no serán por su propia causa sino “porque seguís al Mesías”. Todo lo que el discípulo reciba en la misión debe agradecérselo, por tanto

al propio Jesús, puesto que él es la causa de esas atenciones. Eso sucede porque el creyente confía en que el discípulo que misiona encarna las mismas actitudes de Jesús y se da una continuidad en su persona. Quien las preste no se quedará sin su recompensa.

Seguidamente, Jesús hace referencia al escándalo en la misión. El escándalo se produce cuando el discípulo se aleja de Jesús, cuando utiliza la misión en beneficio propio, cuando su acción deja de ser liberadora; más en concreto, el escándalo es abandonar el servicio y querer dominar; olvidarse de servir y dejar paso a la ambición. La referencia a “los pequeñuelos” está en paralelo con “el chiquillo” que pone en el centro cuando contrarresta el deseo de los discípulos de ser más que los demás. La función del discípulo, lo mismo que la de Jesús, es amar, servir, liberar a los más débiles, a los más pequeños. La ambición personal es opuesta a todos los valores del Reino; quien los abandona ha abandonado al propio Jesús; la misión ya no tiene legitimidad en él.

Jesús enumera tres posibilidades de escándalo, tres riesgos de abandonar la fidelidad a él: la mano, el pie y el ojo. La mano es la que realiza las acciones del Reino; el pie es la figura del seguimiento de Jesús; el ojo es la mirada, o sea, los deseos y las intenciones. En cada uno de ellos puede darse la corrupción del discípulo; esa corrupción es causa de muerte para él y -lo peor- puede llevar a la muerte a otros. Por eso y, de forma literaria, Jesús propone la extirpación de la causa de la degeneración en la misión. El fuego y el abismo son la consecuencia de quien cae en ella y de lo que se trata es de evitarlos. La piedra de molino atada al cuello y echada al mar es la imposibilidad de dar sepultura al cadáver, algo que aterrorizaba en la cultura de la época, pues significaba que nunca podría descansar.

Jesús nos pide, por tanto, integridad y ejemplaridad. Esas serán las manifestaciones de nuestra fidelidad. El discípulo lo sigue siendo mientras es fiel a Jesús. La corrupción no corregida y reparada supone la anulación de la misión. Quien hace uso de su carácter de discípulo de Jesús para su promoción personal está utilizando en falso el nombre de Jesús. Quien sustituye la actitud de servicio por la ambición y la promoción personal ya no es de los de Jesús, puesto que ya no está en el Reino sino en la muerte. Por otra parte, y volviendo al principio contemplándolo en un horizonte más amplio, en la sociedad hay muchos que hacen las obras del Reino sin hacer referencia explícita al nombre de Jesús; no se manifiestan en contra, luego el discípulo no solo no tratará de impedirlo, sino que Jesús pide que se reconozca la convergencia de sus acciones con los objetivos del Reino: la liberación, la expulsión del mal en las personas y el servicio a los más necesitados. El papa Francisco nos lo recuerda también con insistencia.

P. JUAN SEGURA